

ALFAGUARA



Nélida Piñon

Libro de horas

Traducción de Elkin Obregón Sanín

No soy fuerte ni poderosa. Tampoco estoy en la flor de los veinte años. No hace falta enaltecer el retrato mío que mi madre Carmen colgó en su cuarto antes de morir, con la intención de eternizar la juventud de la hija en su retina. Acaso pretendiendo que los años vividos no le robaran la memoria que aún guardaba de mí.

Pero, sea quien sea yo hoy, no pude combatir las arrugas, el declive, para cumplir su deseo. Llevo en el rostro una historia curtida y que me ayuda a envejecer. No viví sin resultados, mi vida no fue inhóspita.

Siempre que mencionan en tono de elegía cómo era yo en los años áureos, sonrío. Recuerdo, agradecida, una trayectoria intensa y me ruborizo. La belleza, a estas alturas, no me lisonjea. Opto por ser la heroína de las ideas y de los actos que desarrollé, en especial por haberme sometido a lo que el cuerpo y la imaginación me dictaran.

Releo *Tristán e Isolda* y me perturbo. El poema teje loas a la carne que se estremece y sueña, y al amor desmedido. Sobre todo cuando ciertos versos anuncian el avance de la muerte a punto de emboscar a los amantes. Una construcción poética que, habiendo nacido tal vez en la corte de Marie de France, hija de Leonor de Aquitania, bajo la forma inicial de *lais*, cruzó la Mancha camino de la salvaje Bretaña. El territorio cuya latitud legendaria propiciaba desatinos, desenlaces trágicos.

También Wagner, en la secuencia del poema, consagra este amor bajo los efectos de un filtro mágico. Le concede un origen espurio y controvertido a lo largo de la

travesía marítima a que se someten Tristán e Isolda, prometida del rey Marco de Cornualles, y el ama Brangen.

En mi primera visita a Bayreuth, para la temporada operística, recorro el teatro concebido por Wagner con la sensación de imitar a Pedro II, el emperador del Brasil, presente en la inauguración de aquel edificio íntegramente concebido por el compositor. Sentada en la silla que el propio Wagner proyectó con inconcebible incomodidad, buscando impedir que el espectador cediera al sueño dada la extensión de las representaciones, no me movía. Mi cuerpo parecía petrificado, presa fácil de la emoción.

Bajo el beneplácito del genio alemán, recorrí la ciudad, tras el rastro de él y de su esposa Cosima, de ilustre dinastía, hija de Liszt y de la condesa d'Agoult. Su madre, además de parir hijos ilegítimos del extraordinario pianista, publicó la novela *Nélida* con el seudónimo de Daniel Stern; libro que leí en mi adolescencia, atraída por el título. Para ese entonces ya había leído otro *Nélida*, de Renata Halperin, autora argentina. Movida sin duda por la curiosidad de saber lo que se escondía tras la custodia de un nombre que ambas mujeres habían elegido, y que se concentraba ahora en mí misma.

Sólo en la madurez descubrí, gracias a Tarlei, que el título «Nélida», de la condesa, y su seudónimo, «Daniel Stern», formaban un anagrama. El seudónimo, al menos de su parte, no había sido un simple acaso, sino la deliberada elección que anudaba entre título y seudónimo simetrías y perplejidades.

Motivada por esas coincidencias, compartí con mi familia materna lo ocurrido. Me encantó constatar que, a despecho de la aversión inicial de mi abuelo Daniel por el nombre de la nieta —pues me quería Pilar, como su madre—, estábamos él y yo irremediabilmente enlazados por el anagrama, gracias a la tenacidad de tía Maíta, responsable de aquella designación.

Bayreuth es un burgo pequeño. Su día a día converge hacia el teatro. En cada esquina, se nos induce a entronizar a Wagner, como lo había hecho antes Luis de Baviera. En la terraza del café, reflexiono sobre la imaginación del mundo que el compositor filtró, y alteró, para ajustar los contenidos narrativos a la visión que guardaba de la cultura germánica.

Luego, apoyada en el mostrador del puesto ambulante, pido un bocadillo de salchicha asada. Prescindo del *ketchup*, pero pincelo la *frankfurt* con mostaza oscura. Mientras como, simulo ser uno de los personajes que el maestro engendró, criaturas todas de sustrato mítico. En Bayreuth, la propia ficción, que es mi hogar, me insta a agotar la psique de cualquiera de ellos, a vestir su piel. Resulta difícil elegir quién deseo ser. A fin de cuentas, la lista es larga. Desde dioses, que se transforman en el ejercicio del poder, hasta Sigfrido, cuyo carácter y lentitud mental me irritan.

Observo a los transeúntes. Me inclino a ser Parsifal y Tannhäuser. O Isolda, cuya historia ofrece subsidios para cimentar el amor occidental. Me parece que ella me regala pócimas mágicas. ¿Y fue así en verdad el relato? Me es indiferente que la procedencia sea incorrecta, e invente yo partes de la trama como resultado de un exceso de lecturas. El hecho es que ambos amantes, Tristán e Isolda, surgieron de un nido de mitos, rodeados de hierbas, de animales rastreros, bajo el sino que maldice a los humanos.

Hasta los días presentes, el virus de aquella pasión nos frustra, nos produce envidia. ¿Y quién no aspira a la intensidad de un sentimiento que carboniza antes de conocer la finitud? Con todo, nos falta grandeza utópica. No estamos preparados para la vida, y somos imperfectos para la ficción. Sin embargo, si la existencia no simboliza el ideal de amor, el amor, en la escena del arte, es insuperable. Se presenta como una forma radical de vivir. Y es tan devastador que yo, pobre mortal, mirando el cristal de

la Lagoa, donde vivo, desfallezco por no ser Isolda o Tristán. Aunque pudiera ser Capitu*, sin tener necesariamente a Machado de Assis como mi creador. Pero ¿acaso la ambigüedad que exhibe Capitu, y los otros personajes machadianos, procede del ser brasileño?

Es común entre nosotros mencionar a Capitu. La heroína de una literatura con escaso uso de los presagios, a la que le falta el sentido de lo trágico. Sólo que, por ser esta historia concebida por Machado de Assis y por el frágil Bentinho, se impuso a la imaginación brasileña. ¿Y cómo resistirse a la insinuación de que la mujer, siendo oblicua, tenía el don de traicionar?

En casa, Gravetinho me ronda sin ceremonias. Indago lo que el amor representa en el universo de mis convicciones. ¿Será meramente crepuscular? A veces, para acentuar el peso narrativo de Capitu, transfiero a la pobre mujer mi propia insensatez. Sé que ha llegado el momento de la reparación conyugal, de librar a Capitu de la culpa, de la condenación moral. Y no me refiero a la expiación culposa, de matriz monoteísta, sino al alivio que le devuelva esplendor, que es cuando la vida se apaga en un horizonte idílico.

Compro partituras en miniatura en la tienda de la esquina. Destiné una de ellas a Lily, amiga leal, que apreciaba mis modestos regalos. Pienso en la ópera de aquel final de la tarde y padezco un intenso sobresalto. Sufro la sobrecarga de vida que diezma a la gente de mi especie. Pero, si de hecho soy escritora, las acciones humanas no me deben agotar. Es necesario aceptar que las palabras en la escena wagneriana salten sobre mí como saltan las ranas fuera del charco.

En el escenario, Tristán se debate. La fiebre de la pasión lo incomoda. A partir de cierto momento, la tragedia,

* Capitu y Bentinho, personajes de la novela *Don Casmurro*, de Joaquim Maria Machado de Assis. (*N. del T.*)

en la inminencia de explotar, refleja un malestar de la civilización. Y las implicaciones venidas de tal desenlace narran los dolores del mundo.

Me divido entre Isolda y la brasileña Capitu, ambas al servicio de la traición conyugal, tema recurrente en la literatura, cuyos dolores nivelan las emociones de cualquier época.

Ahogada, no obstante, en las falsas alegorías, incurro en el error de avanzar por temas arcaicos. Y sigo comparando a Tristán e Isolda, que agotaron el concepto del amor prohibido, con Capitu, que no sé a quién amó. Pero ¿por qué relaciono a estos amantes con la grosera mirada contemporánea, como si creyera que simples semejanzas entre historias crean una inmediata afinidad?

Tal vez porque estos personajes, en el mundo y en el Brasil, al integrarse en la galería de los prototipos, se sujetan a una fácil reproducción. La cultura, incluyendo la de masas, en el afán de popularizarlos, diluye su vínculo mítico, los descaracteriza, logra destruir su misterio. Una cultura que aspira a destinar a Tristán, a Isolda, a Capitu, a Bento a una estética lumpen.

*

Peregrino por el barrio, rastreo su vida. Imito a los otros que se precipitan a la calle ansiosos por quebrar los grilletes del hogar. Allá voy, con el cayado invisible que usé otrora cuando emprendí el camino jacobino, más conocido como de Santiago de Compostela. Provista del cayado, de la concha colgada al cuello, volví a sentirme una romera con apetitos trascendentes.

En la Cobal del Humaitá, recorro las tiendas de frutas, legumbres, quesos, el vino del Sr. Aníbal. Los potes de vidrio, llenos de bizcochos oriundos del interior del Brasil, nacidos en general de diligentes manos femeninas, constituyen el lienzo de un pintor atento a la realidad.

En los puestos, Júlio me vigila. Me acusa de ser exagerada. Finjo no oírlo y palpo las frutas, evito ser concluyente en lo que respecta a lo cotidiano. Ahuyento cualquier pretensión filosófica que dificulte el trato con las cosas simples.

Amo los tomates con pasaporte latinoamericano. Pero prefiero los europeos, bastante más dulces. Soy cautelosa con ellos, como forma de homenajear la vida. Las materias que me llevo a casa dependen de mi beneplácito moral.

Para mi alivio, no todo parece nacer de un arbitrio implacable. No endioso la realidad sólo por ser parte de ella, o por recorrer la calle Voluntários da Pátria con cierto descaro. A fin de cuentas, ¿dónde habré de ampararme al llegar a casa?

Otras fantasías culinarias me entretienen. Tengo razones para amar la vida diaria, para sonreír por cuenta de mi banalidad. El propio pan negro alemán en rebanadas, venido de Petrópolis, me recuerda el período de escasez de la España franquista, tras la guerra civil, sujeta a un severo racionamiento. En recuerdo de aquellos tiempos, mastico en las mañanas el pan negro con la sensación de estar de nuevo en Borela, donde fui tan feliz.

Sigo adelante, liberada del oficio de ser escriba veinticuatro horas al día. Un hecho que me reparte en diversas porciones. Unas, radicadas en la Lagoa; otras, en la Academia Brasileña de las Letras, adonde voy durante media hora dos veces por semana. Hay pedazos que siguen por el correo hasta Carmen Balcells, en Barcelona, acompañados de notas sucintas, pero cariñosas. Donde le digo: como sé que sientes la ausencia de la amiga brasileña, ahí van parcelas que aún puedo dispensar sin perder mi entereza, de modo que, cuando en un futuro nos encontremos, estaré intacta, como siempre, aunque con unos kilos de más, sin contar las arrugas. Le advierto que la cabeza continúa en estado de alerta, tal vez más serena.

Me llaman al móvil, un número privado. Una monótona voz de mujer me ofrece nuevas tecnologías vinculadas a la firma, como si mis vacíos interiores necesitaran una inmediata ocupación. ¿Con qué derecho el timbre de falsete de esa funcionaria invade el tiempo que aún me queda por vivir? ¿Acaso intuyó que, por haber sido lectora asidua de los místicos Plotino, Meister Eckhart, postulo la contemplación, sin que nada más deba afectarme? ¿Y que en el fulgor de la adolescencia consideré la posibilidad de ser Teresa de Ávila al menos por algunas horas? La bravía Cepeda que se entretenía en escribir cartas, en conversar en el consistorio, deseosa de oír a sabios como ella y darles combate. La mujer cuyo temperamento indómito anheló tener a Cristo a su lado en el afán de justificar las frustraciones que le imponía la sociedad.

Todavía en el mercado, admito que la vida está hecha de treguas, a veces difíciles, a veces asombrosas. Y que no siempre las llamadas venidas de afuera equivalen a la llamada de Dios. Pero, no siendo de origen divino, ¿qué hacer con la frivolidad de ese entorno que consume mis días como un helado de chocolate sin que yo reaccione?

Termino la visita. Las bolsas de la compra, organizadas en el maletero del coche, expresan mi concepto de abundancia. Y mientras el monedero se vacía, me entrego a labores inexpresivas, para que la nevera abarrotada alimente mis sueños diarios.

*

Cada día aprendo a amar. La familia, los amigos, la lengua, las instancias de la vida y del arte. Todo lo que ausculto y responde a la llamada. Lo que jadea, respira y me acoge sin que yo lo haya pedido. Amar a quien me abraza sin pensar en darme la espalda. Amar al que late, ruge, relincha y es un animal, como Gravitinho, alegría

de mis años maduros. Amar el paisaje donde duermo y la humanidad reposa. Amar la descuidada lengua de los hombres casi siempre sordos, que rehúsan oír los latidos del corazón. Amar la voz de los actores que en el escenario, bajo la batuta de la tragedia griega, apoyados en sus coturnos, intensifican el mundo.

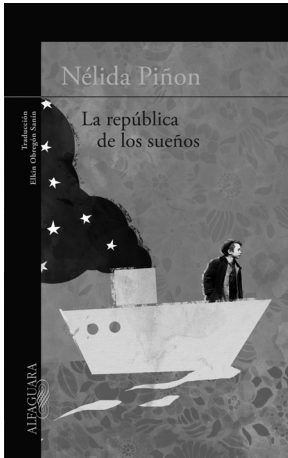
Sondeo lo que hay detrás de las puertas y sigo los dictámenes de la amistad que fortalece y decepciona. Como consecuencia, no soy inocente en el juego de los afectos. Como los demás, siguiendo el libreto de la infancia, me hundo en el caldero de frijoles negros en el cual Don Ratón se sumergió fulminado. Sólo así, en nombre del fraude, invento sentimientos idílicos y soslayo emociones subalternas.

Además, la historia de la amistad es un prodigio humano. Sus privilegios y emociones caen a mi regazo y los acojo. La aprieto contra el pecho y la guardo en un cofre, pues no puedo perderla. La amistad no agota mi corazón, al contrario, lo ocupa siempre. Pero ¿qué decir de la partida del amigo a quien se quiso toda una vida? Llevé a Elza al cementerio y nunca más fui la misma. Su muerte no es un legado. Su memoria, sí. Además, sus pequeños enseres, hoy en mi casa, preciosos y trascendentes, me consuelan. Porque esta amistad no se extingue, se eterniza en la nostalgia. Pienso también que la amiga que se fue soy yo misma. Ya no estoy aquí, una vez he perdido porciones mías. Pero sigo teniendo la obligación de mirarme al espejo, aunque me canse de este rostro reflejado en el cristal.

Sobre la autora

Nélida Piñon nació en Río de Janeiro (Brasil), hija de padres españoles, y en esta ciudad se licenció en Periodismo. Es miembro de la Academia Brasileña de las Letras y de la Academia de Filosofía de Brasil. Entre sus obras destacan los libros de cuentos *El tiempo de las frutas* (1966) y *Sala de armas* (1973), y las novelas *Fundador* (1969, Premio Walmap), *Tebas de mi corazón* (1974), *La fuerza del destino* (1977), *La dulce canción de Cayetana* (Premio José Geraldo Vieira a la mejor novela de 1987), *La república de los sueños* (Alfaguara, 1999, 2005, 2013), galardonada con el Premio de la Asociación de Críticos de Arte de São Paulo y el Pen Club, y *Voces del desierto* (Alfaguara, 2005; Premio Jabuti); y los libros de ensayos y memorias *Aprendiz de Homero* (Alfaguara, 2008; Premio Casa de las Américas), *Corazón andariego* (Alfaguara, 2009) y *Libro de horas* (Alfaguara, 2013). Su extensa producción literaria, traducida en más de veinte países, ha recibido numerosos galardones literarios, entre los que destacan, además de los ya mencionados, el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1995, el Premio Internacional Menéndez Pelayo 2003 y el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2005. También ha sido nombrada doctora honoris causa por diferentes universidades y en 2012 Embajadora Iberoamericana de la Cultura.

www.nelidapinon.com.br



LA REPÚBLICA DE LOS SUEÑOS

Nélda Piñon

Un clásico de la literatura brasileña contemporánea

Madruga y Venancio se conocieron en el barco inglés que los trasladó de Vigo a Río de Janeiro en el lejano año de 1913. Apenas eran unos muchachos cuando dejaron atrás la miseria y el desamparo de su Galicia natal, para navegar detrás de un sueño, rumbo a los paraísos de ultramar. Madruga conquistará Brasil, levantando industrias, comercios, haciendas. Pero se extraviará en el camino. Venancio, en cambio, mantendrá intacta su condición de soñador: será él quien lllore en nombre de Madruga, será el verdadero depositario de sus sentimientos vetados.

La república de los sueños es el lugar al que llegaron, a finales del siglo XIX, centenares de miles de europeos en busca de una vida mejor, y de lo que sucedió con ellos en Brasil, a través de dos apasionantes protagonistas.

«Novela de gran vuelo imaginativo, de acción que no conoce pausas, escrita con el conocimiento de la historia, de la psicología, y del paisaje físico de ambos escenarios.»

HAYDÉE M. JOFRÉ BARROSO, *La Nación*

«Un universo en el que la palabra recupera su majestad y la imaginación despliega sus infinitas posibilidades.»

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ S., *El Nacional*